
La evolución del consumo de productos lácteos en España, 1952-2007

● FERNANDO COLLANTES*

Universidad de Zaragoza

Los productos lácteos fueron uno de los consumos clave en el desarrollo de la transición nutricional que pautó el cambio alimentario en Occidente durante los siglos XIX y XX. Una combinación de factores biológicos, tecnológicos, económicos y culturales impidió que la leche fuera un componente importante de las dietas antes de finales del siglo XIX, pero a partir de entonces tendió a convertirse en un bien de consumo masivo. A ello contribuyeron el aumento de la renta disponible por parte de la población y la formidable expansión de la capacidad productiva de ganaderos e industrias lácteas, pero también el hecho de que (en parte como resultado de los esfuerzos de las Administraciones y la profesión médica) la leche pasara a ser socialmente percibida como un alimento beneficioso para la salud. En algunos de los países europeos más avanzados (como Reino Unido, Francia y Alemania), este ciclo histórico de difusión y expansión en el consumo de leche comenzó a cerrarse en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, pero, mientras el consumo de leche (y particularmente el de leche entera) comenzaba a caer, el consumo de una amplia gama de productos derivados (como el queso, el yogur o la mantequilla) continuaba creciendo.¹

* La ayuda prestada por Domingo Ramos (Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente) resultó fundamental. También agradezco la ayuda prestada por Ernesto Clar, Elena Espeitx, Domingo Gallego, Ismael Hernández Adell, Alicia Langreo, Inmaculada López (y Carlos Barciela), Miguel Martín-Retortillo, Francisco J. Medina Albaladejo, Elena Ortiz, Josep Pujol, Javier Silvestre, los asistentes al III Encuentro Anual de la Asociación Española de Historia Económica y los tres evaluadores anónimos de la revista.

1. Malassis (1997), Smil (2000), Atkins (2010), Valenze (2011), Hernández Adell (2012), Buss (1993), Laisney (2012), De Wilde (1979).

Fecha de recepción: enero 2013

Versión definitiva: septiembre 2013

Revista de Historia Industrial

N.º 55. Año XXIII. 2014.2

En el caso concreto de España, las primeras etapas de esta historia han sido estudiadas de manera detallada. Durante las décadas previas a la Guerra Civil, el consumo de leche fue creciendo a un ritmo pausado como consecuencia del aumento de la renta disponible, la creciente capacidad abastecedora de la cadena productiva y la mejora de la imagen social de la leche. Aun con todo, los elevados niveles de desigualdad social y las rigideces productivas derivadas de unas condiciones ecológicas poco propicias en la mayor parte del país impidieron una difusión del consumo de leche a niveles comparables a los de la Europa atlántica.² Estos problemas se vieron agravados más adelante, durante la década de 1940, conforme disminuía el poder adquisitivo de los españoles (y se hacía más desigual la distribución del mismo) y, además, los sesgos de la política económica del primer franquismo deterioraban el funcionamiento del sistema lácteo tanto en su fase ganadera como industrial.³ Así las cosas, el bajo consumo de leche estuvo vinculado a algunos de los principales problemas alimentarios de la población española, como la escasa ingesta de proteínas animales y, sobre todo, las graves deficiencias en materia de calcio, un mineral cuya presencia dependía estrechamente (hoy como ayer) del consumo de productos lácteos.⁴

Lo que ocurrió a continuación, a partir de aproximadamente 1950, se conoce peor, en parte porque solo ha sido tratado dentro de estudios más generales sobre el cambio alimentario. Estos estudios nos muestran un fuerte crecimiento en el consumo de lácteos, sobre todo hasta la década de 1980, y un paulatino trasvase desde el consumo de leche hacia el de derivados lácteos, especialmente en los años finales del siglo XX e iniciales del XXI.⁵ Pero carecemos de un estudio sistemático sobre el consumo de productos lácteos, más allá de una imaginativa estimación de cómo fue aumentando el porcentaje de población consumidora regular de leche hasta comienzos de la década de 1980.⁶

Este artículo ofrece una reconstrucción de la evolución del consumo de productos lácteos entre inicios de la década de 1950 y el momento previo al estallido de la actual crisis económica, que en este artículo tomamos como punto de llegada por suponer el inicio de una ruptura cuyas implicaciones para el cambio alimentario merecerían una investigación específica. El artículo se organiza del siguiente modo. Tras esta introducción, se presentan las fuentes disponibles y se evalúa su fiabilidad. A continuación se describen las grandes tendencias en el consumo de productos lácteos, situando el caso es-

2. Pujol y otros (2007), Nicolau y otros (2010), Nicolau y Pujol (2005), Hernández Adell (2012).

3. Langreo (1995), Calcedo (1997), Domínguez (2003), Domínguez y Puente (2009).

4. Cussó (2005).

5. Cussó y Garrabou (2009), Cussó (2010), Martín Cerdeño (2007).

6. Muñoz Pradas (2009).

pañol en su contexto europeo. Más adelante, se presenta una imagen más detallada de la leche (por un lado) y sus derivados (por el otro). Finalmente, el apartado previo a las conclusiones plantea algunas claves interpretativas de las tendencias descritas con anterioridad.

Fuentes

En este trabajo se han utilizado cuatro fuentes para reconstruir la evolución cuantitativa del consumo de productos lácteos: los balances alimentarios del Ministerio de Agricultura (para el periodo 1952-1982), los balances alimentarios de Faostat (1961-2007), las Encuestas de Presupuestos Familiares (1958, 1964/5, 1980/1 y 1985-2007) y el Panel de Consumo Alimentario (1987-2006).

Los primeros balances alimentarios publicados por el ministerio se refieren a 1960, pero existen borradores mecanografiados, referidos a un núcleo duro de alimentos básicos (entre ellos, la leche; no así sus derivados), desde al menos 1952.⁷ Los balances ministeriales pueden seguirse hasta el presente, pero en este trabajo hemos prescindido de los mismos a partir de 1982, cuando la adopción de la metodología de la Comunidad Económica Europea introdujo diferencias de contabilización que dificultan la comparación con la serie previa (debido sobre todo a la no separabilidad del consumo de leche, por un lado, y derivados lácteos frescos, por el otro). Los balances de Faostat, en cambio, se encuentran extraordinariamente armonizados a lo largo del tiempo y se prestan bien a una explotación desde su inicio en 1961 hasta el final del periodo.

Tanto los balances ministeriales como los de Faostat ofrecen estimaciones indirectas que arrastran consigo las inexactitudes que pueda contener la estimación de las distintas magnitudes que entran en el cálculo (la producción, los reempleos, las pérdidas, el saldo del comercio exterior). En el caso de los balances ministeriales, varios factores sugieren que, en el caso de los lácteos, estas estimaciones pueden estar sesgadas a la baja: las dificultades que debieron encontrar los responsables provinciales de la recopilación de datos para dar cuenta de la producción en un gran número de explotaciones desperdigadas por el territorio, la invisibilización de la producción que podía resultar del autoconsumo (práctica habitual en los inicios de nuestro periodo: en torno al 18% de la leche consumida en España a mediados de la década de 1960), el interés de los ganaderos en ocultar parte de su producción (sobre todo si la misma abastecía los circuitos ilegales o paralegales de venta de leche sin higienizar en las ciudades afectadas a partir de 1952 por el Plan de Centrales Lecheras). Estos mismos problemas debieron de ser arrastrados por

7. Barciela (1989).

los balances de Faostat, basados al fin y al cabo en estadísticas nacionales recopiladas por la FAO, durante la primera parte del periodo. También para fechas más recientes, sobre todo durante los años posteriores a la adhesión de España a la CEE, los balances de Faostat se resienten del problema de la escasa fiabilidad de los datos españoles de producción láctea, dado que sucesivos gobiernos (en respuesta a la fijación para el país de una cuota láctea sustancialmente inferior a la producción hasta entonces efectuada) se mostraron durante largo tiempo tolerantes ante la circulación de leche «negra» (sin cuota) a lo largo de la cadena productiva.⁸

Otros problemas adicionales consisten, en primer lugar, en que Faostat no estima los consumos realizados por la población, sino lo que dichos consumos representarían en términos de «equivalentes primarios» dentro de su grupo de alimentos. En el caso de la leche, por ejemplo, tenemos el dato del consumo de leche y derivados lácteos medido en los kilogramos de (solo) leche que habría sido necesario consumir para ingerir una cantidad equivalente de calorías. Esto implica que las agregaciones de consumo total de lácteos ofrecidas por Faostat son siempre superiores a las agregaciones en kilogramos (a secas) preferidas por los nutricionistas, lo cual debe tenerse en cuenta a la hora de interpretar los resultados que se presentan más adelante.⁹ Además, se da el problema de que, aunque tenemos datos no transformados de algunos derivados (como el queso), la mayor parte de derivados refrigerados (por ejemplo, los yogures) están agregados al dato total de consumo de lácteos sin que sea posible separarlos. Un último problema es que los datos de Faostat sobre consumo de leche resultan de la agregación de dos componentes (la leche entera y la leche desnatada) para los cuales se da una discrepancia fortísima (y en principio difícil de comprender) con respecto a las fuentes nacionales. Por todo ello, Faostat simplemente puede captar tendencias muy generales, siendo quizá más útil para el diseño de políticas agrarias sensibles a la demanda que para un estudio en profundidad de los consumos realizados por la población.

Las estimaciones directas del consumo alimentario son, claro está, preferibles.¹⁰ En España, las más antiguas son las proporcionadas por las Encuestas de Presupuestos Familiares del Instituto Nacional de Estadística. La primera de estas encuestas, referida a 1958, es de menor calidad que las posteriores (su muestra es pequeña y no incluye hogares con niveles de renta muy altos, y sus resultados no son muy detallados), pero al menos ofrece una primera estimación

8. Sobre estas diversas cuestiones, Matallana (1963), Calcedo (1997), Langreo (2004; 2005); «La industria lechera contra la venta directa», *Industrias Lácteas Españolas*, 3 (1979), p. 52. El dato de autoconsumo se ha calculado a partir de Instituto Nacional de Estadística (1965-1969).

9. Fundación Española de la Nutrición (2008).

10. Smil (2000).

directa del consumo de leche líquida, leche condensada y queso. Las posteriores encuestas de 1964/5, 1980/1 y 1990/1, de mayor calidad, ofrecen amplia información sobre el tema (no así las de 1967, 1968 y 1973/4, que estiman el gasto monetario en alimentación pero no los consumos físicos efectuados). Desde 1985 en adelante contamos, además, con las Encuestas Continuas de Presupuestos Familiares. Estas últimas, que terminaron sustituyendo a las encuestas tradicionales (la última de las cuales fue la de 1990/1), permiten reconstruir series anuales, si bien cubren una gama de productos alimenticios sustancialmente menos desagregada que las encuestas tradicionales.

Se trata, en cualquiera de sus dos versiones, de la fuente más fidedigna con que contamos, tanto por su elevada calidad técnica como por la relativa consistencia de las categorías utilizadas a lo largo del tiempo. Existen, sin embargo, dos problemas que deben tenerse en cuenta a la hora de interpretar sus resultados. El primero es que sus estimaciones sobre el consumo de leche se encuentran, al menos para la primera parte del periodo, sesgadas al alza (o, quizá sería mejor decir, deformadas al alza) como consecuencia del consumo generalizado de leches adulteradas mediante la previa adición de agua. Buena parte de la leche consumida en España llegaba a los hogares a través de un circuito informal de compraventa de leche a granel que constituía el medio idóneo para la práctica de este y otros fraudes. Y tampoco la parte regulada del sistema lácteo se veía libre del problema porque el aguado formaba parte de las armas de resistencia cotidiana de los ganaderos (y, en su caso, de los intermediarios que recogían leche para la industria) dentro de una cadena productiva dominada por las centrales lecheras y otras industrias. El problema había desaparecido para finales de siglo, cuando ya casi no se comercializaba leche a granel y existían laboratorios interprofesionales para medir la calidad de la leche al margen de las tensiones entre los distintos segmentos de la cadena. Pero hasta entonces pudo tener un impacto importante en las estimaciones oficiales del consumo: para el Madrid de comienzos del periodo, por ejemplo, algunos observadores daban estimaciones del aguado que, una vez adaptadas, implican que entre el 10% y el 30% de la leche consumida en la ciudad sería en realidad agua.¹¹ Así, las encuestas conducen, como veremos en el apartado siguiente, a estimaciones del consumo de lácteos muy superiores a las de los balances alimentarios. Dado que estos a su vez contenían un sesgo a la baja, es probable que el consumo real de leche (entendiendo por tal el producto con su valor nutritivo íntegro) se encontrara en algún punto intermedio entre ambas estimaciones.

Un segundo problema es que las encuestas tan solo captan el consumo realizado dentro de los hogares y no el efectuado en restaurantes, cafeterías

11. Langreo (1995), p. 145; Calcedo (1997), p. 245; Echegaray (1958), Irujo y Llona (1964), Instituto Nacional de Estadística (1975).

o comedores de empresas e instituciones públicas. Este componente no debía de ser muy importante a comienzos del periodo, pero uno de los rasgos más destacados de la alimentación en España (y Europa en general) desde finales del siglo xx en adelante ha sido el aumento del peso del consumo alimentario fuera del hogar.¹² Una solución a esta insuficiencia de las encuestas viene dada por la última de nuestras fuentes: el Panel de Consumo Alimentario puesto en marcha en 1987 por el (entonces) Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. Este panel ofrece estimaciones tanto del consumo doméstico (estimaciones directas basadas en una muestra de hogares, como las de las Encuestas de Presupuestos Familiares, y con un grado de detalle generalmente superior al de estas en cuanto a clasificación de los alimentos) como del consumo efectuado fuera del hogar.

El panel, sin embargo, no parece una fuente netamente superior a las Encuestas de Presupuestos Familiares. En términos técnicos, su muestra es más pequeña y más volátil, y además se han dado diversas discontinuidades como consecuencia de cambios en las empresas a las que el Ministerio ha ido subcontratado la elaboración del panel. Además, la presentación de resultados es menos sistemática y se ve lastrada por continuos (y no siempre explícitos) cambios en los criterios de clasificación de los alimentos. Incluso su principal ventaja, la estimación del consumo fuera del hogar, no dejaba de tratarse hasta 2007 (cuando se produjo un cambio de metodología) de una estimación meramente indirecta basada en el volumen de compras que efectuaban las empresas de restauración y hostelería, por lo que a buen seguro está sesgada al alza.¹³

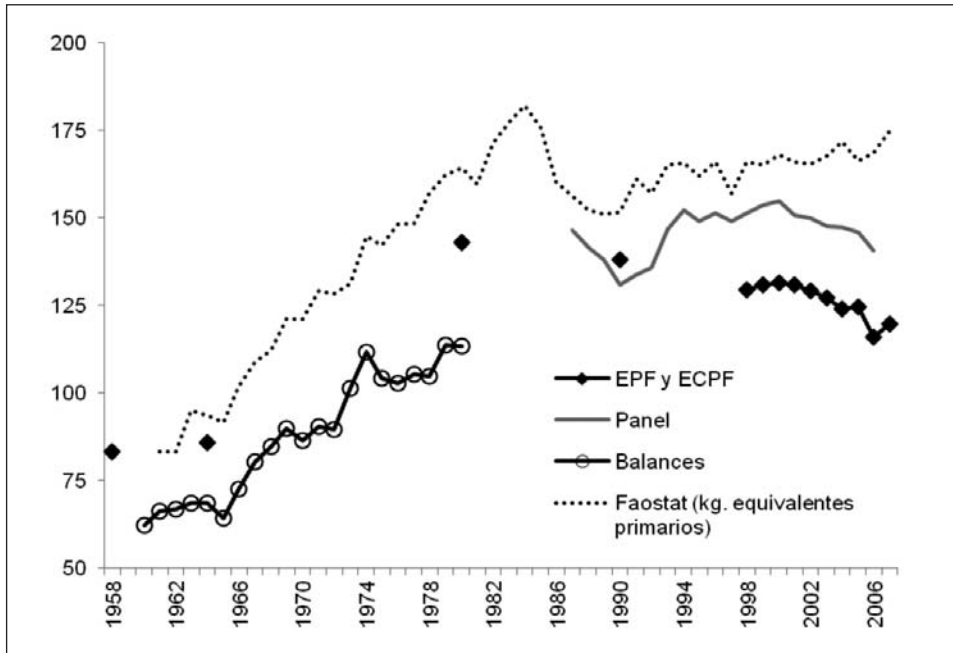
En suma, cada fuente tiene sus pros y sus contras. Las Encuestas de Presupuestos Familiares son probablemente la mejor de las fuentes disponibles, pero la triangulación con otras fuentes (en especial, con los balances alimentarios durante la primera parte del periodo y con el Panel de Consumo Alimentario durante la segunda) es necesaria para trascender sus límites. Conviene aclarar, por último, que los resultados que se presentan a continuación se basan en la aplicación de diversos ajustes y supuestos de trabajo con objeto de homogeneizar y hacer comparables las categorías y resultados ofrecidos por las fuentes aquí reseñadas.¹⁴

12. Rama (1997).

13. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación (2000), Díaz Méndez y otros (2005), Fundación Española de la Nutrición (2008). El referido cambio de metodología introdujo una discontinuidad en su año de implantación, razón por la cual a lo largo del artículo se toma 2006 como punto de llegada en la explotación de los resultados del Panel.

14. Estos ajustes se detallan en Collantes (2012). Solo hay que añadir dos cuestiones menores: (1) en lugar de (como en el documento de trabajo) una horquilla de pesos porcentuales de leche pasteurizada y leche sin transformar dentro del consumo total, se ha tomado el punto medio de los extremos de dicha horquilla; y (2) los datos de estructura del consumo de le-

GRÁFICO 1 • Consumo total de productos lácteos (kilogramos y kilogramos «equivalentes primarios» de leche por persona y año)



Fuentes: Véase texto.

Una visión agregada del consumo de productos lácteos

El gráfico 1 y el cuadro 1 ofrecen una perspectiva agregada del consumo de productos lácteos. Las discrepancias que en algunos aspectos pueden apreciarse entre unas y otras fuentes deben ponerse en relación con lo comentado en el apartado anterior: los kilogramos «equivalentes primarios» de Faostat siempre superan a los kilogramos (a secas) de las otras fuentes; el consumo real durante la primera parte del periodo debió de situarse en algún punto intermedio entre los datos de las encuestas y los de los balances; y los datos del panel tienden a situarse por encima de los de las encuestas porque incorporan el consumo fuera del hogar. Aun con todo, las fuentes convergen en cuanto a la existencia de dos fases bien diferenciadas y separadas entre sí por los años iniciales de la década de 1980.

ches fermentadas en 1990 han sido re-escalados para dar cabida al dato de consumo de yogur desnatado ofrecido por la Encuesta de Presupuestos Familiares.

CUADRO 1 - Consumo total de productos lácteos por persona y año

	Encuestas de Presupuestos Familiars (kilogramos)	Panel de Consumo Alimentario (kilogramos)	Balances alimentarios (kilogramos)	Faostat (kilogramos «equivalentes primarios»)ª
Consumo				
1961	82,3 ^b		66,4	83,3
1970			86,4	121,3
1980	143,0		113,4	164,4
1990	138,1	131,0		151,6
2000	131,6	154,7		167,0
2007	119,8	140,8 ^c		174,9
Tasa de variación media anual (%)				
1961-1980	2,8		2,9	3,6
1980-2007	-0,7	-0,2 ^d		0,2
Peso de la leche dentro del consumo total (%)				
1961	98 ^b		96	89
1970			94	85
1980	93		92	82
1990	90	86		69
2000	80	77		66
2007	72	72		57

Notas: ^a Mantequilla excluida; ^b Interpolación de 1958 y 1964/5; ^c 2006; ^d 1987-2006.

Fuentes: Véase texto. Elaboración propia.

Hubo una primera fase de crecimiento, especialmente rápido a partir de mediada la década de 1960, que se prolongó hasta comienzos de la década de 1980. De acuerdo con la información contenida en el cuadro 1 y las aclaraciones realizadas en el apartado anterior, el español medio pasó de consumir unos 75 kilogramos de productos lácteos al año a comienzos de la década de 1960 a unos 130 kilogramos dos décadas después. A partir de aproximadamente 1980, esta tendencia expansiva se cortó: el consumo físico de productos lácteos tendió a estancarse e incluso comenzó a caer con cierta claridad en los años iniciales del siglo XXI. De entre las tasas de variación ofrecidas por el cuadro 1, la correspondiente al panel (que, a diferencia de las encuestas, captaba el consumo fuera del hogar) es probablemente la más fiable: una caída muy moderada. Hacia 2007, el consumo real debía de mostrar aún un nivel no muy diferente al de comienzos de la década de 1980: superior a los 120 kilogramos ofrecidos por las encuestas (que no incluían el consumo fuera del hogar) pero inferior a los 141 kilogramos del panel (cuya estimación de

dicho consumo fuera del hogar estaba sesgada al alza). La serie de Faostat aún sugiere un leve crecimiento, pero esta discrepancia se debe a la adopción del kilogramo «equivalente primario» como unidad de agregación en un periodo durante el cual la estructura del consumo basculó hacia productos con un superior contenido calórico por unidad de peso; y, en cualquier caso, se trataría de un crecimiento muy débil, bien distinto del rápido crecimiento de las dos décadas previas a 1980.

La composición interna del consumo de lácteos, en efecto, se transformó de manera importante a lo largo del periodo. Al comienzo, la leche suponía la práctica totalidad del consumo en términos físicos, y todavía en torno a 1980 representaba más del 90% de los kilogramos consumidos (así como más del 80% de los kilogramos «equivalentes primarios»). Durante la segunda parte de nuestro periodo, sin embargo, la leche fue perdiendo peso a manos de sus derivados, como el queso, los yogures y otros postres lácteos. Lógicamente, la magnitud de este cambio en la composición se hace mayor si adoptamos el kilogramo «equivalente primario» como unidad de agregación (un kilogramo de queso, por ejemplo, tiene un contenido calórico superior a un kilogramo de leche), pero de cualquiera de los modos la tendencia es clara.

Los dos rasgos recién señalados para el caso de España pertenecen en cierta forma a un patrón europeo más amplio. Por un lado, la existencia de dos fases diferenciadas, separadas entre sí por un punto de inflexión localizado en torno a 1980, fue también un rasgo del consumo de lácteos en el conjunto de Europa, donde el crecimiento previo a 1980 se vio seguido por un cuarto de siglo de crecimiento mucho más leve que prácticamente permite hablar de estancamiento (cuadro 2). Por el otro, también en otros países europeos se ha encontrado una paulatina ganancia de protagonismo de los derivados lácteos (con la consiguiente pérdida de peso para la leche) en la composición interna del consumo.¹⁵

La principal peculiaridad del caso español es el hecho de que el crecimiento en el consumo que se prolongó hasta aproximadamente 1980 fue mucho más rápido que la media europea. Esta peculiaridad parece insertarse dentro de una pauta europea meridional caracterizada por bajos niveles de partida, un rápido crecimiento conducente a convergencia hasta alrededor de 1980 y un relativo estancamiento a partir de entonces. En efecto, hacia comienzos de la década de 1960 (primera fecha para la que disponemos de datos comparables), el consumo de lácteos en la Europa del Sur era sustancialmente inferior al de la Europa noroccidental (y también inferior al de Europa oriental), pero durante las siguientes dos décadas creció con extraordinaria rapidez para situarse en torno a la media del conjunto del continente (superando a Europa oriental y recortando sustancialmente la distancia con Europa noroccidental).

15. Hernández Adell (2012), Buss (1993), Laisney (2012).

CUADRO 2 - Consumo total de productos lácteos (kilogramos «equivalentes primarios» de leche por persona y año; mantequilla excluida)

	España	Europa			
		Total	Noroeste ^a	Este ^b	Sur ^c
Consumo (kilogramos «equivalentes primarios»)					
1961/63	83	174	218	158	124
1979/81	164	209	246	181	212
2006/08	175	221	265	177	224
Europa = 100					
1961/63	48	100	125	91	72
1979/81	79	100	118	87	102
2006/08	79	100	120	80	101
Tasa de variación media anual (%)					
1961/63-1979/81	3,6	1,0	0,7	0,7	2,9
1979/81-2006/08	0,2	0,2	0,3	-0,1	0,2

Notas: ^a Alemania, Austria, Bélgica, Dinamarca, Estonia, Finlandia, Francia, Holanda, Irlanda, Islandia, Letonia, Lituania, Luxemburgo, Noruega, Reino Unido, Suecia y Suiza; ^b Bielorrusia, Bulgaria, Eslovaquia, Federación Rusa, Hungría, Polonia, República Checa, República de Moldavia, Rumanía y Ucrania; ^c Albania, Antigua República Yugoslava de Macedonia, Bosnia-Herzegovina, Croacia, Eslovenia, España, Grecia, Italia, Malta, Montenegro, Portugal, Serbia.

Fuente: Faostat. Elaboración propia.

A partir de más o menos 1980, el consumo de lácteos pasó a crecer a un ritmo verdaderamente bajo en todas partes (llegando incluso a decrecer en Europa oriental).

Los datos de Faostat sugerirían también una segunda peculiaridad: los niveles relativamente bajos de consumo de lácteos que España mostró a lo largo de todo el periodo, incluso para los estándares de la Europa del sur. A comienzos del periodo, el consumo español de lácteos habría sido aproximadamente la mitad del europeo y, a pesar del rapidísimo crecimiento experimentado hasta 1980, habría persistido una brecha de 20-25 puntos porcentuales que ya no se cerraría durante la fase de leves crecimientos que por todas partes se registró después de dicha fecha. Esto contrastaría con la plena convergencia con la media del continente lograda por la Europa meridional ya en torno a 1980, sobre la base de niveles de partida superiores a los españoles. (De hecho, el crecimiento español hasta 1980 habría sido incluso algo más rápido que en los otros países de la Europa del sur.)

Ahora bien, es probable que el nivel de consumo de lácteos en España no fuera realmente tan bajo en términos relativos como sugieren estas cifras. Así

se desprende de una comparación de las mismas con los resultados ofrecidos por las Encuestas de Presupuestos Familiares en una muestra de países europeos grandes. Hemos tomado la información ofrecida por la base de datos Dafne, que recopila los resultados alimentarios de las Encuestas de Presupuestos Familiares de los países europeos en las dos últimas décadas del siglo XX, y hemos fijado la comparación en torno a 1990 por ser el único punto de anclaje suficientemente sólido dada la información disponible. Los resultados muestran que Faostat parece estar sobrestimando el consumo de leche efectivamente realizado en los principales países de Europa noroccidental (cuadro 3). No parece plausible que las fuertes desviaciones al alza de Faostat para Reino Unido, Francia y Alemania puedan deberse solamente a los consumos realizados fuera del hogar (no captados en las encuestas). Para España, en cambio, la desviación es a la baja; de hecho, de acuerdo con las respectivas Encuestas de Presupuestos Familiares, en torno a 1990 el consumo de leche era mayor en España que en cualquiera de los otros países de la muestra. Por ello, y a pesar del bajo nivel de consumo de derivados, el consumo agregado de productos lácteos en España se encontraba en realidad entre los más altos de la muestra.

En suma, aunque a buen seguro el consumo de lácteos en España era claramente inferior a la media europea al comienzo del periodo, la posterior fase

CUADRO 3 • Consumo de productos lácteos en una muestra de países europeos en torno a 1990

	Alemania (1988)	España (1990)	Francia (1991)	Italia (1990)	Polonia (1988)	Reino Unido (1990)
Total						
A	119,4	138,1	107,8	100,3	123,9	142,5
B	245,3	151,6	287,9	257,6	261,0	232,3
Leche						
A	76,3	121,1	68,0	71,4	119,2	104,9
B	125,4	104,5	132,9	78,2	133,1	154,7
Derivados lácteos						
A	43,1	15,1	39,8	28,8	23,4	19,0
B	119,9	47,1	155,0	179,4	127,9	77,6

A: Encuestas de Presupuestos Familiares de los respectivos países (kilogramos)

B: Faostat (kilogramos «equivalentes primarios»; mantequilla excluida)

Fuentes: Dafne (Data Food Networking, <<http://www.nut.uoa.gr/dafnesoftware>>), Faostat, Instituto Nacional de Estadística (1992-1995). Elaboración propia. Los datos «A» de Alemania se refieren a la República Federal de Alemania.

de crecimiento acelerado condujo a una convergencia bastante completa con la media europea, tras la cual se abrió una fase de relativo estancamiento tanto en España como en el resto del continente. Otra cuestión es la composición interna de dicho consumo, no solo en cuanto al peso relativo de la leche frente a sus derivados sino en lo que se refiere a los distintos tipos de producto que forman parte de unas categorías estadísticas tan amplias. Es por ello que la imagen agregada que se ha presentado en este apartado, si bien ofrece una referencia de comparación, debe ser completada con un análisis desagregado que dé cuenta de los muy diversos productos lácteos efectivamente consumidos por la población. Un primer paso consiste en diferenciar la leche de sus derivados.

Expansión y caída del consumo de leche

La Guerra Civil y el primer franquismo cortaron la transición nutricional en materia láctea. Se ha estimado que el consumo de leche, después de haberse mantenido constante en torno a 23 litros entre 1865 y 1906, creció hasta 56 litros entre esta última fecha y 1933, con la mayor parte del crecimiento concentrado en la década de 1920. Pues bien, a comienzos de la década de 1950 (y teniendo en cuenta los posibles sesgos, comentados anteriormente, de los balances alimentarios), el nivel de consumo de leche seguía siendo similar al inmediatamente anterior a la Guerra Civil (cuadro 4), y una proporción muy

CUADRO 4 - Consumo de leche líquida (litros por persona y año)

	Encuestas de Presupuestos Familiares	Panel de Consumo Alimentario		Balances alimentarios	Faostat
		Hogares	Total		
Consumo					
1952				53,8	
1964	78,7			61,7	79,7
1980	125,1			101,4	131,4
1990	117,6	100,0	109,3		101,5
2000	102,1	99,9	116,3		107,4
2007	81,6	82,5 ^a	98,1 ^a		97,1
Tasa de variación media anual (%)					
1952-1964				1,1	
1964-1980	2,9			3,2	3,2
1980-2007	-1,5	-1,7 ^b	-1,2 ^b		

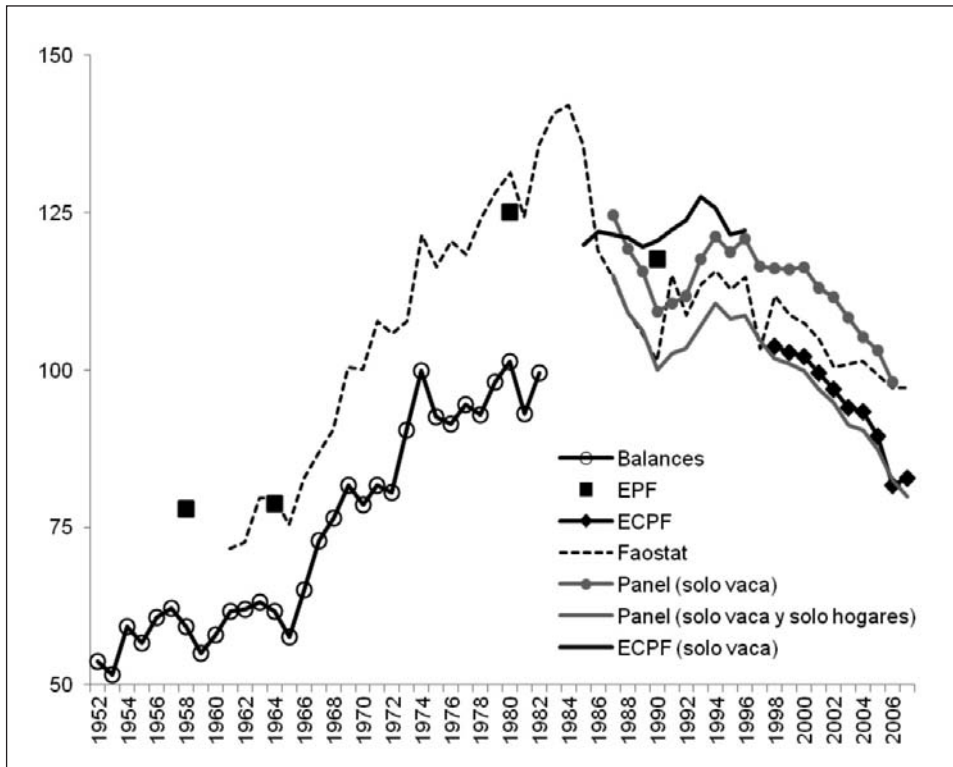
Notas: ^a 2006; ^b 1987-2006.

Fuentes: Véase texto. Elaboración propia.

elevada de la población española (según algunas estimaciones, próxima a la mitad) no consumía leche de manera regular. Se trataba de un nivel de consumo claramente inferior al de Reino Unido, Francia y Alemania, que se situaban en torno a los 100-150 litros, y ligeramente superior al nivel (igualmente muy bajo) de Italia.¹⁶

A partir de entonces podemos distinguir cuatro fases en la evolución del consumo de leche (gráfico 2). La primera, que se prolongó hasta mediada la década de 1960, fue una fase de crecimiento moderado que, tras el estancamiento provocado por la Guerra Civil y el primer franquismo, supuso una continuación de la tendencia expansiva ya iniciada durante el primer tercio del siglo xx. Hacia mediados de la década de 1960 y hasta aproximadamente 1980 (la segunda de nuestras fases), el crecimiento en el consumo de leche se aceleró y ganó una velocidad formidable. Al final de esta doble fase expansi-

GRÁFICO 2 • Consumo de leche líquida (litros por persona y año)



Fuentes: Véase texto.

16. Aquí y en los siguientes párrafos tomo los datos europeos de consumo de Hernández Adell (2012) y la estimación de la proporción de consumidores regulares de Muñoz Pradas (2009).

va, hacia 1980, el consumo se situaba en torno a los 110-115 litros (teniendo en cuenta que la realidad debía de situarse en algún punto intermedio entre los resultados obtenidos a partir de las Encuestas de Presupuestos Familiares y los de los balances alimentarios), y la leche se había convertido en un bien de consumo regular por parte de la inmensa mayoría de la población. Esta expansión, a grandes rasgos similar a la que tenía lugar en Italia, situaba el consumo español de leche claramente por encima del de Francia o Alemania, países que habían entrado ya en una fase de contracción en sus consumos.

Hacia finales de la década de 1970, el crecimiento comenzó a remitir, abriéndose un periodo de algo más de una década durante el cual el consumo de leche dejó de crecer, pero sin llegar a mostrar una tendencia clara de descenso. Es cierto que existen algunos indicios de descenso ya en la década de 1980: Faostat, el Panel y la Encuesta básica de Presupuestos Familiares alcanzan sus máximos históricos en 1985, 1987 y 1980/1, respectivamente. Pero no se trata de una evidencia concluyente: la fiabilidad de Faostat es especialmente baja justo en los años inmediatamente posteriores al ingreso en la CEE (por los motivos comentados con anterioridad), el panel aún registra una recuperación del consumo a principios de los años noventa, y la Encuesta Continua de Presupuestos Familiares aún alcanza máximos a comienzos de esa misma década. Retengamos el dato, desprendido del contraste entre las encuestas y el panel, de que, en torno a 1990, el nivel de consumo debía de ser aún aproximadamente similar al de diez años atrás, cerca de los 110-115 litros por persona y año (y, por tanto, claramente superior al de otros países europeos grandes).

La cuarta y última fase, caracterizada por un descenso claro en el consumo de leche, se desplegó a partir de mediada la década de 1990. Este descenso, que en el Reino Unido, Francia y Alemania comenzó a ser perceptible ya en las dos décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, en España se materializó con especial claridad durante los primeros años del siglo XXI. A la altura de 2007, y a pesar de que el consumo fuera del hogar había mostrado un comportamiento más dinámico que el (predominante) consumo en los hogares, el español medio consumía ya menos de 100 litros al año. Con las cautelas a que obligan los problemas de fuentes ya comentados, se trataría de un regreso a niveles de consumo similares a los de aproximadamente 1970.

La estructura interna del consumo de leche experimentó grandes transformaciones a lo largo del periodo (cuadro 5). La leche consumida por los españoles pasó a ser, cada vez en mayor medida, leche líquida de vaca transformada por empresas industriales. Esta tendencia a la estandarización implicó la paulatina poda de otras alternativas que todavía a comienzos del periodo mantenían importancia, como la leche de cabra, la leche en polvo y la leche «cruda».

A comienzos del periodo, el consumo de leche de cabra (y, en menor medida, de oveja) tenía tras de sí una larga tradición de consumo directo en algunas partes del país, sobre todo en provincias meridionales cuyos rasgos ecológicos

CUADRO 5 • Estructura porcentual del consumo de leche

	c. 1950	1964 ^a	1980 ^a	1990	2006
Según tipo de leche					
Leche de vaca		87	87	93	97
Otras leches líquidas		7	2	0	0
Leche en conserva		6	11	7	3
Según tipo de transformación industrial^b					
Esterilizada			38	65	96
Pasteurizada	4		23	14	2
Sin transformar	96		39	22	2
Según contenido graso^b					
Entera ^c				82	46
Semidesnatada				4	33
Desnatada				14	22

Notas: ^a Solo hogares; ^b Solo leche de vaca; ^c Incluye la leche sin transformar.

Fuentes: c. 1950: Ovejero (1951), p. 959; 1964 y 1980: Encuestas de Presupuestos Familiares; 1990 (primer panel): media aritmética de los datos obtenidos a partir de la Encuesta de Presupuestos Familiares y el Panel de Consumo Alimentario; 1990 (segundo y tercer paneles) y 2006: Panel de Consumo Alimentario. Elaboración propia.

(en especial, la escasez de precipitaciones) se prestaban mal a la producción de leche de vaca en condiciones orgánicas. La leche de cabra cumplió así una función secundaria, pero localmente relevante, en el avance del consumo de leche en un país mediterráneo como España. Todavía a mediados de la década de 1960, en el grupo de provincias formado por Granada, Jaén, Málaga y Almería, por ejemplo, el consumo de leches líquidas diferentes de la de vaca superaba al consumo de leche de vaca. Sin embargo, ya para entonces su peso dentro del consumo total del país estaba cayendo con respecto a lo que había sido habitual antes de la guerra y, de hecho, hasta un 40% del mismo era realizado por las propias familias campesinas que ordeñaban a los animales.¹⁷ Para 1980, hacia el final de la gran fase expansiva en el consumo de leche, las leches de cabra y oveja eran ya consumos marginales abocados a desaparecer casi por completo a lo largo de la década siguiente.

También las leches en conserva, como la leche en polvo o la leche condensada, desempeñaron durante algún tiempo un papel complementario en el avance del consumo de leche en España. La leche en polvo, en particular, permitía a los consumidores de regiones no productoras adquirir a bajo precio la materia prima que, una vez mezclada con agua caliente en sus propios hogares, daría lugar a leche líquida reconstituida. Esta práctica estaba am-

17. Calculado a partir de Instituto Nacional de Estadística (1965-1969).

pliamente difundida en el peculiar caso de las islas Canarias, y también fue promocionada por el acuerdo suscrito entre el gobierno y Unicef para el fomento del consumo de leche (que era originalmente leche en polvo) entre los escolares. Las leches en conserva nunca estuvieron cerca de amenazar la hegemonía de la leche líquida, pero sí encontraron su nicho dentro de la gran expansión del consumo de leche que tuvo lugar en la década y media previa a 1980. De hecho, durante tales años su cuota de mercado aumentó hasta situarse por encima del modesto pero significativo umbral del 10%. El declive llegó a partir de entonces, conforme la pequeña franja de consumidores que hasta entonces había recurrido a la leche en conserva de manera complementaria fue abandonando el consumo de la misma en favor de la leche líquida de vaca.

El propio consumo de leche líquida de vaca tendió a estandarizarse en torno a la leche transformada industrialmente y, dentro de esta, a la transformada por el método de la esterilización. Al comienzo del periodo, como venía ocurriendo también antes de la Guerra Civil, la inmensa mayoría de la leche consumida por los españoles era leche «cruda» que no había sido objeto de higienización previa por parte de la industria. Los consumidores adquirirían leche sin transformar y la hervían una o dos veces en sus hogares con objeto de destruir los elementos patógenos que pudiera contener. La leche pasteurizada, sometida a un proceso industrial de higienización, no era desconocida para los consumidores de las principales ciudades, pero ni siquiera en estas alcanzaba una cuota de mercado comparable a la de otros países europeos. La leche cruda era más barata y, en muchos casos, la única opción disponible, pero su consumo acarreaba diversos problemas en materia de seguridad y calidad: aunque la lógica de esta higienización casera era a grandes rasgos similar a la de los procesos de pasteurización que con idéntica finalidad llevaban a cabo las empresas industriales, sus garantías sanitarias eran lógicamente menores; y, como ya se ha comentado, la adulteración de la leche cruda por parte de ganaderos o distribuidores era muy sencilla y frecuente. Estos problemas estaban llamados a conducir a la práctica desaparición del consumo de leche cruda, pero se trató de un proceso mucho más lento que en los casos de la leche de cabra o la leche en polvo. La leche transformada industrialmente fue la gran protagonista de la rápida expansión en el consumo que tuvo lugar hasta la década de 1980, pero por entonces aún cerca de un 40% de la leche consumida en España era leche cruda. Fue durante las fases de estancamiento y, sobre todo, de contracción en el consumo total de leche (a partir de la década de 1990) cuando los consumidores la abandonaron casi por completo.

Fue también entonces cuando se produjo, a su vez, la identificación casi total de la leche industrial con la leche esterilizada. La esterilización consiste, como la pasteurización, en higienizar la leche a través de la aplicación

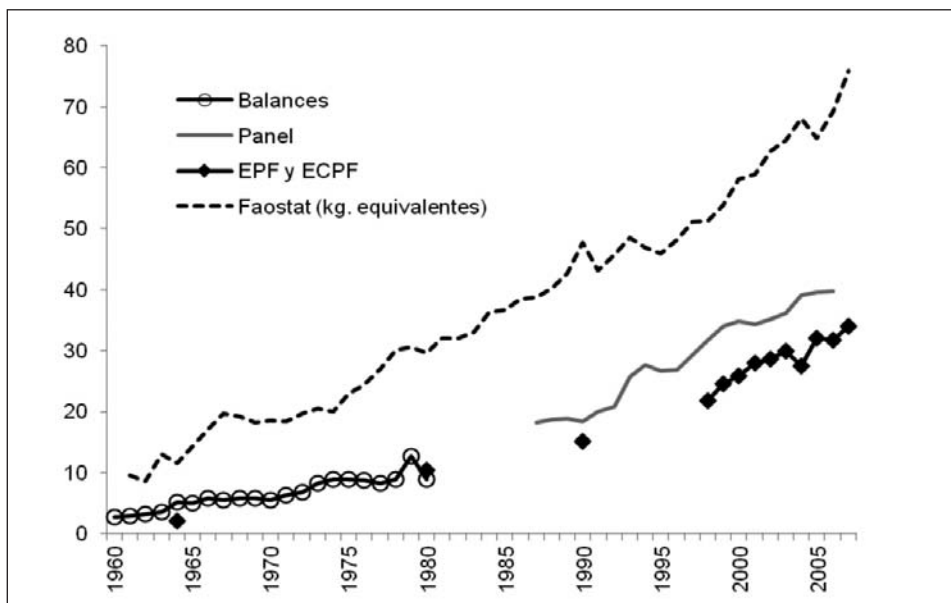
de grandes cantidades de calor durante un breve periodo de tiempo, pero, mientras que la pasteurización es un método más suave que produce una leche que debe conservarse fresca y ser consumida en apenas unos días, la esterilización es un procedimiento más contundente que permite que la leche se conserve a temperatura ambiente durante un periodo más largo de tiempo. Durante las décadas de expansión en el consumo, ambos tipos de leche, la pasteurizada y la esterilizada, fueron aumentando su cuota de mercado a expensas de la leche cruda, pero durante la segunda parte de nuestro periodo el consumo de leche pasteurizada acabó ocupando una posición completamente marginal mientras la inmensa mayoría de la leche consumida en España era esterilizada.

Esta poda de alternativas, que desembocó en la identificación casi total del consumo de leche con el consumo de leche esterilizada de vaca, fue acompañada sin embargo de un proceso paralelo de diversificación del consumo de dicha leche. El proceso se desarrolló durante la segunda parte del periodo y se estructuró en torno a criterios relacionados con la salud y el mantenimiento de la línea. Así, la aparición en el mercado de leches con bajo contenido graso, como la leche desnatada o (especialmente) la leche semidesnatada, encontró una acogida favorable entre amplios segmentos de consumidores. Hacia el final del periodo, estas alternativas a la tradicional leche entera representaban ya más de la mitad del consumo total de leche realizado en España. También, por otro lado, fue difundiéndose en los últimos años del periodo el consumo de leches enriquecidas, es decir, leches que llevaban incorporados elementos adicionales o dosis adicionales de determinados componentes (por ejemplo, calcio) con objeto de acentuar sus propiedades benéficas para la salud. En realidad, la contracción en el consumo que se produjo en los años finales del siglo xx e iniciales del XXI fue debida al hundimiento en el consumo de leche entera tradicional y al hecho de que este hundimiento fuera solo parcialmente compensado por el aumento en el consumo de las nuevas leches.

Crecimiento y diversificación en el consumo de derivados

A diferencia del consumo de leche, que mostró una tendencia variable a lo largo del periodo, el consumo de derivados lácteos creció en todo momento (gráfico 3). En este caso, el nivel de partida era muy bajo. No disponemos de datos agregados sobre consumo de derivados antes de la década de 1960, pero resulta significativo encontrar que las fuentes ofrecen para mediados de esta última una horquilla de consumo entre apenas dos y cinco kilogramos por persona y año (cuadro 6). El continuo crecimiento experimentado a partir de entonces situó el nivel de consumo en 2007 en las proximidades de los 40 kilogramos. El crecimiento, además, no mostraba síntomas de agotamiento.

GRÁFICO 3 • Consumo de derivados lácteos (kilogramos y «kilogramos equivalentes» por persona y año)



Fuentes: Véase texto.

to, sino que durante la parte final del periodo se desarrolló a un ritmo veloz (en torno al 5% acumulativo anual), que de hecho convertía los derivados lácteos en una de las rúbricas más dinámicas del consumo alimentario español a comienzos del siglo XXI.¹⁸

Este dinamismo se apoyó en una variedad cada vez mayor de gamas y productos. Ello es perceptible ya en cierta forma en la composición interna del consumo por grandes grupos de productos (cuadro 7). Dado que, a diferencia de lo común en la Europa atlántica, la mantequilla nunca desempeñó un papel importante en la preparación doméstica de las comidas, originalmente la mayor parte del (escaso) consumo de derivados lácteos realizado por la población española era un consumo de queso. Para finales del periodo, sin embargo, el queso suponía ya menos del 20% de dicho consumo, habiendo sido desplazado en términos relativos por nuevos derivados entre los que destacaban las leches fermentadas (principalmente, el yogur) y, en general, los postres refrigerados. No es que el consumo de queso, pese a mantenerse siempre lejos de los registros propios de Francia y otros países europeos, descendiera en términos absolutos; pero la expansión en el consumo de leches fermentadas fue mucho más rápida (gráfico 4). De hecho, en los inicios del siglo XXI,

18. Langreo (2006).

CUADRO 6 - Consumo de derivados lácteos (kilogramos y kilogramos «equivalentes primarios» por persona y año)

	Encuestas de Presupuestos Familiares (kilogramos)	Panel de Consumo Alimentario (kilogramos)		Balances alimentarios (kilogramos)	Faostat (kilogramos «equivalentes primarios») ^a
		Hogares	Total		
Consumo					
1964	2,1			5,2	11,5
1980	10,5			9,0	29,6
1990	15,1	15,6	18,4		47,7
2007	31,7	34,2	39,7 ^b		75,8
Tasa de variación media anual (%)					
1964-1980	10,5			3,5	6,1
1980-1990	2,6				4,9
1990-2007	5,6	4,7	4,9 ^c		2,8

Notas: ^a Mantequilla excluida; ^b 2006; ^c 1990-2006.

Fuentes: Véase texto. Elaboración propia.

CUADRO 7 - Estructura porcentual del consumo de derivados lácteos

	1964	1987	2006
Queso	72	33	19
Mantequilla		3	1
Leches fermentadas		45	40
Otros		20	40

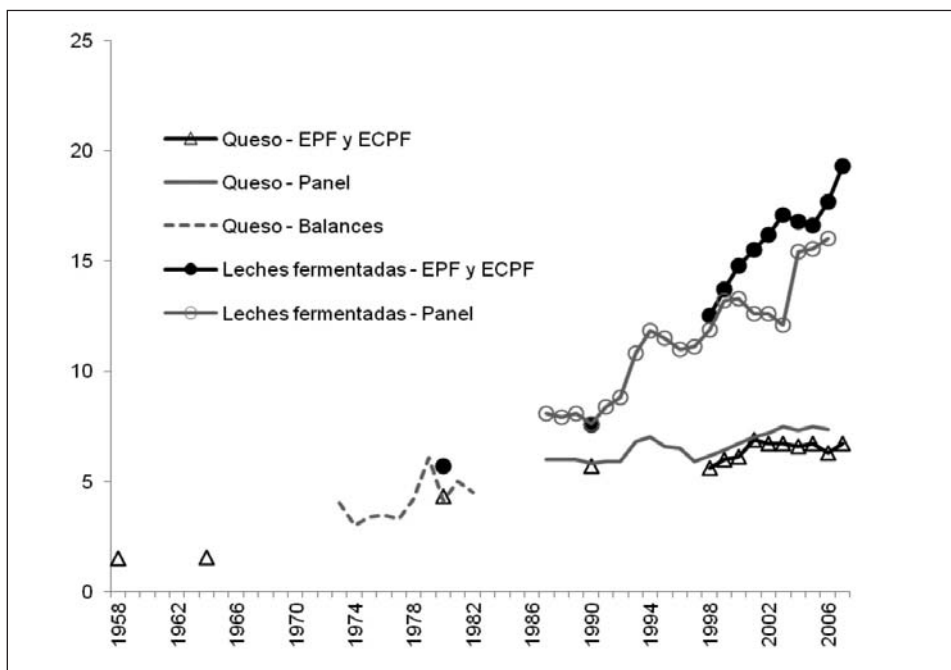
Fuentes: 1964: Encuesta de Presupuestos Familiares; 1987 y 2006: Panel de Consumo Alimentario. Elaboración propia.

el consumo español de postres refrigerados se encontraba a un nivel relativamente elevado dentro de Europa.¹⁹

A su vez, en cada una de estas categorías se produjo un gran aumento en la variedad de los productos efectivamente consumidos. Originalmente, la gama de quesos conocida por el consumidor español se reducía con frecuencia al queso curado de pasta dura (tipo manchego) y a aquella variedad de queso que fuera común en su comarca o región. Este estado de cosas no cam-

19. Langreo (2004; 2005).

GRÁFICO 4 • Consumo de queso y leches fermentadas (kilogramos por persona y año)



Fuentes: Véase texto.

bió de manera importante a lo largo de la primera mitad del periodo, pero a partir de la década de 1980 y sobre todo la de 1990 toda una serie de nuevos quesos fueron entrando en la dieta de los españoles. Las novedades fueron desde la difusión a mayor escala de variedades locales de gran valor culinario, como los quesos que a partir de ahora eran reconocidos con denominaciones de origen, hasta la entrada cada vez mayor de variedades extranjeras, en particular de otros países europeos una vez incorporada España a la CEE.²⁰ Aunque no es sino una aproximación imperfecta a una realidad más compleja, el declive de los tradicionales quesos curados y semicurados dentro de la composición interna del consumo de queso es expresiva de la diversificación (cuadro 8).

20. Sanz (1992), Langreo (2004; 2006).

CUADRO 8 - *Crecimiento y cambio estructural en el consumo de queso y leches fermentadas*

	1958	1964	1980	1990	2006
Consumo de queso (kilogramos por persona y año)					
Encuestas de P. F.	1,5	1,5	4,3	5,7	6,3
Panel de C. A. (hogares)				5,1	6,1
Panel de C. A. (total)				5,8	7,4
Balances alimentarios			4,1		
Faostat		1,6	4,2	5,2	8,9
Estructura porcentual del consumo de queso					
Curado y semicurado			60	46	35
Fresco			26	35	31
Fundido			7	9	13
Otros			7	9	21
Consumo de leches fermentadas (kilogramos por persona y año)					
Encuestas de Presupuestos Familiares			5,7	7,6	17,7
Panel de Consumo Alimentario (hogares)				7,1	14,9 ^a
Panel de Consumo Alimentario (total)				7,6	16,0
Estructura porcentual del consumo de leches fermentadas					
Yogur natural				38	18
Yogur de sabores				48	19
Yogur con frutas				7	5
Otros yogures				6	29
Bífidos y otras leches fermentadas				0	30

Nota: ^a2007.

Fuentes: Véase texto. Elaboración propia. Para la estructura del consumo, Panel de Consumo Alimentario, excepto para el queso en 1980 y 1990 y parcialmente (véase nota 14) para las leches fermentadas en 1990 (Encuestas de Presupuestos Familiares).

La estructura del consumo de leches fermentadas se renovó con mayor rapidez aún. Inicialmente, la principal leche fermentada era el yogur natural, responsable de buena parte de la expansión en el consumo de leches fermentadas durante la primera parte del periodo. Para finales de la década de 1980, sin embargo, yogures más complejos, como los aromatizados con objeto de crear un sabor alternativo (a fresa, a plátano), habían atraído ya un interés importante por parte de los consumidores. Más adelante, al tiempo que las leches con bajo contenido graso iban ganando terreno a la tradicional leche entera, el consumo de yogures desnatados tiró con fuerza de la residual categoría «Otros yogures» recogida en el cuadro 8. En los últimos años del periodo, finalmente, la renovación y ampliación de la gama de consumos fue más

allá de los yogures para dar cabida a otras leches fermentadas que, como el *bífidus*, comenzaron a ganar cuota de mercado con extraordinaria rapidez. En contraste, el tradicional yogur natural, e incluso el yogur de sabores, mostraban cada vez mayores dificultades para mantener su lugar en la dieta de los consumidores.

Junto a las nuevas variedades de quesos y leches fermentadas, una última fuente de diversificación en el consumo de derivados lácteos fue el rápido crecimiento del amplio abanico de productos contenido en la residual categoría «Otros» del cuadro 7. Se incluyen aquí, entre otros, batidos, tartas, helados, natillas, cuajadas, flanes y cremas de postre, cada uno de ellos (a su vez) con diversas variedades en cuanto a sabores, ingredientes y formas de preparación. Durante los años finales del siglo XX e iniciales del siglo XXI, el renovado crecimiento en el consumo de derivados lácteos que hemos observado al comienzo de este apartado se apoyó primordialmente sobre este heterogéneo grupo de productos refrigerados. En no pocos casos, se trataba de postres tradicionales cuya elaboración era abandonada (o había sido abandonada tiempo atrás) por los hogares y que, en consecuencia, cabe poner en relación con la creciente importancia de los platos preparados en la alimentación de la población española hacia el final del periodo.²¹

Hacia un análisis de dos regímenes de consumo

Las tendencias presentadas en los apartados anteriores sugieren la existencia de dos regímenes de consumo diferenciados. El primero de ellos, que se habría prolongado hasta la década de 1980, se caracterizó por una rápida expansión en el consumo de una gama reducida de productos lácteos. Durante la segunda parte de nuestro periodo, en cambio, fue tomando forma un régimen menos expansivo y más diversificado. Los siguientes párrafos no aspiran a desarrollar un análisis sistemático de ambos regímenes, sino simplemente a perfilar, de cara a investigaciones futuras, algunas de sus claves.

La expansión del consumo que se produjo durante la primera parte del periodo, hasta aproximadamente la década de 1980, parece inseparable, en primer lugar, del rápido incremento que experimentó la renta disponible de los españoles; incremento que, además, se produjo al tiempo que disminuía la desigualdad en la distribución de dicha renta.²² Esto favoreció el acceso de segmentos cada vez mayores de la población al consumo regular de productos lácteos, culminando así la transición nutricional que en materia láctea se había iniciado en las décadas previas a la Guerra Civil.

21. Díaz Méndez y Gómez Benito (2004).

22. Carreras y otros (2005).

Paralelamente, y en segundo lugar, que los consumidores efectivamente destinaran una parte de sus incrementos de renta a comprar lácteos dependió también de la consolidación de un marco cultural favorable al consumo de estos productos. Durante estas décadas la Administración continuó desplegando, diversas campañas informativas que enfatizaban los beneficios que el consumo de leche tenía para la salud. Además, como quedó claro desde al menos la celebración de la Primera Jornada Internacional de la Leche en 1958 (con su ilustrativo eslogan «Leche es salud»), el mensaje iba a verse amplificado por los emergentes medios de comunicación de masas.²³

Junto a estos factores de demanda, también hay que tener en cuenta (en tercer lugar) que, en un mercado tan protegido como el español, la expansión del consumo solo era posible si paralelamente tenía lugar, como efectivamente ocurrió, una expansión en la capacidad productiva del sistema lácteo del país. Fueron décadas de intenso cambio tecnológico: en la ganadería, a través (entre otros aspectos) del avance de las vacas frisonas (con rendimientos lecheros mucho más elevados que las vacas de raza autóctona) en la composición de la cabaña; en la industria, a través de las importaciones de maquinaria (para, por ejemplo, desarrollar el proceso de higienización de la leche). La coordinación entre ganaderos e industriales no estuvo exenta de tensiones (dada la posición ventajosa de los segundos con respecto a los primeros), pero lo que verdaderamente llegó a resultar problemático fue la coordinación, mediada por el omnipresente intervencionismo franquista, entre el sistema lácteo (tomado en su conjunto) y el resto de la economía española (e internacional). El Plan de Centrales Lecheras de 1952, que buscó impulsar la producción y el consumo de una leche de calidad a precios asequibles a través de un complejo sistema de concesiones empresariales y precios oficiales (modalidad que, en sí misma, no era desconocida en otros países occidentales), fijó a lo largo de la cadena productiva unos precios que tanto los ganaderos como los industriales encontraban insuficientes para una amortización relativamente rápida de sus inversiones. Esto, combinado con los obstáculos administrativos impuestos a la importación de maquinaria, retrajo la inversión industrial y, en último término, perjudicó las posibilidades de expansión del consumo. Con todo, hacia mediados de la década de 1960, la revisión y flexibilización del reglamento de centrales lecheras y la concesión de mayores facilidades para la importación de maquinaria abrieron paso a los años de mayor expansión productiva del sistema lácteo español y, como hemos podido ver anteriormente, del consumo de lácteos.²⁴

23. Sobre estas cuestiones, Díaz Méndez y Gómez Benito (2010); «Recomendaciones del XIV Congreso Internacional de la Leche», *Revista Española de Lechería*, 22 (1956), pp. 223-225; «Información», *Revista Española de Lechería*, 27 (1958), pp. 49-53.

24. Calcedo (1997), Domínguez (2003), Langreo (1995).

Se trató de un régimen de consumo basado en una gama reducida de productos, como la leche entera, el tradicional queso curado o semicurado y (en la parte final del periodo) el yogur natural. Esto no fue equivalente, sin embargo, a una estandarización «fordista» de los consumos. Desde luego, hubo cierta tendencia a la estandarización, sobre todo conforme el consumo de leche se identificaba cada vez más con el consumo de leche de vaca de origen industrial (en detrimento de la leche de cabra o la propia leche de vaca sin transformar). Pero, por otro lado, la leche cruda, un producto más barato y (para muchos consumidores) de mejor sabor, aún mantenía una respetable cuota de mercado hacia 1980. E incluso dentro de la leche industrial coexistían la leche esterilizada (cuya posterior hegemonía comenzaba a perfilarse hacia finales del periodo) y la leche pasteurizada, producto clave aún del entramado regulatorio de las centrales lecheras (que recibían una concesión para producir leche pasteurizada, no esterilizada) y cuyo procesamiento no daba lugar a un sabor que (como sí había ocurrido al comienzo del periodo con las primeras leches esterilizadas) generara reacciones desfavorables entre los consumidores. Además, durante este periodo creció con rapidez el consumo de leches en conserva (en no poca medida a modo de complemento en el abastecimiento lácteo de numerosas familias), y el principal de los derivados lácteos de este periodo, el queso, se caracterizaba precisamente por su falta de estandarización (muchos de los industriales eran pequeños empresarios que empleaban tecnología rudimentaria y mezclaban las más diversas leches para producir quesos cuyo sabor y cuya textura variaban mucho de tanda a tanda).²⁵

En cualquier caso, este régimen basado en una gama reducida de productos sencillos fue viéndose sustituido por otro más diversificado a partir de la década de 1980. Ello fue especialmente claro en el caso de los derivados lácteos, cuya gama se expandió de manera acelerada para dar cabida a una variedad cada vez mayor de quesos, nuevos tipos de yogur, leches fermentadas diferentes del yogur y un amplio abanico de postres refrigerados cada vez más elaborados y heterogéneos. Incluso en el caso de la leche, desde finales del siglo xx el consumo comenzó a diversificarse sobre la base de la previa estandarización en torno a la leche esterilizada de vaca, las alternativas a la cual quedaron podadas en su práctica totalidad en la parte final del siglo xx. La leche pasteurizada, en particular, quedó reducida a consumos marginales como consecuencia del mayor interés de la industria y la distribución por la leche esterilizada (un producto inicialmente sujeto a una regulación de precios más

25. Llona (1962), Devriendt (1961), Burton (1962), Schulz (1956), García Trabadelo (1980), Sanz (1992); «Información», *Revista Española de Lechería*, 38 (1960), pp. 205-211; «En Huelva se consumen a diario 9.000 litros de leche sin higienizar», *Industrias Lácteas Españolas*, 31 (1981), p. 56.

flexible y que, sobre todo, requería una logística y una gestión menos exigentes), pero también como consecuencia de la mayor comodidad que la leche esterilizada (cuyo sabor había mejorado con respecto a décadas atrás) suponía para los propios consumidores (que podían aumentar el intervalo entre compra y compra, al tratarse de un producto mucho menos perecedero que la pasteurizada). Sobre la base del triunfo de la leche esterilizada, el consumo pasó a finales del siglo xx a diversificarse hacia las nuevas leches con bajo contenido graso (en especial, la semidesnatada) y, más tarde, hacia las leches enriquecidas.²⁶

El destacado crecimiento en el consumo de estos nuevos y más sofisticados productos lácteos se apoyó en dinámicas que, si bien reformuladas en un nuevo contexto, guardaban algunos parecidos con las que venían operando previamente sobre productos más sencillos. El persistente aumento del poder adquisitivo, aun sin venir acompañado ya por una mejora clara en su distribución (factor este último ahora ya, en una sociedad de clases medias, menos decisivo), resultó condición necesaria para el creciente consumo de unos productos que, sobre todo en el caso de los postres refrigerados, llevaban incorporado un valor añadido relativamente alto y, por tanto, tenían precios relativamente altos con respecto a su aporte nutricional en sentido estricto.

A su vez, esta elasticidad ante cambios en la renta a lo largo del tiempo tenía mucho de construcción social vinculada, como en el pasado, al concepto de alimentación saludable. Hubo ahora sin embargo dos novedades, bien ilustradas por el contraste entre el «Leche es salud» de los años cincuenta y los «cuerpos Danone» de los años noventa: en primer lugar, la publicidad empresarial (concretada en ambiciosas campañas lanzadas por los grupos líderes de la industria láctea española con objeto de dar a conocer a los consumidores los atractivos de sus nuevos tipos de leche y derivados) claramente lideró el proceso; y, en segundo lugar, de la mano de lo anterior el propio concepto de alimentación saludable fue ensanchándose para incorporar factores que, como el mantenimiento de la línea, podían interesar a los consumidores no solo por motivos estrictos de salud sino también, por ejemplo, por el deseo de potenciar su atractivo físico.²⁷

El ascenso de un régimen de consumo más diversificado estuvo, además, íntimamente ligado a las nuevas estrategias empresariales de expansión productiva dentro del sistema lácteo, especialmente en las fases de transformación industrial y (cada vez con mayor influencia) de distribución comercial. El lanzamiento de nuevos productos, en especial postres refrigerados, estaba llamado a dinamizar un sector cuyos productos tradicionales ya habían al-

26. De Wilde (1979), Tetra Pak (1981), Moraleda (1992), Langreo (2003; 2006), Ansoap (2010).

27. Díaz Méndez y González (2008), Langreo (2006).

canzado un grado de difusión muy elevado y, por tanto, tenían ahora mucha menor capacidad para continuar impulsando el crecimiento. El sistema lácteo (y en especial su núcleo duro empresarial) se orientó así cada vez en mayor medida hacia los derivados, para los que se obtenían tasas de beneficio superiores a las de una leche líquida en la que se desataba una feroz competencia vía precios. Paralelamente, la integración de España en la Comunidad Económica Europea y las estrategias transnacionales de los grandes grupos de distribución comercial también contribuyeron a aumentar la variedad de productos disponibles, en especial en el (hasta entonces un tanto monótono) segmento del queso.²⁸

Esta continua renovación de la gama, además de traducirse en una clara pérdida de peso de los productos relativamente sencillos que previamente habían tirado del consumo, hizo posible un crecimiento persistente del consumo de derivados a lo largo de todo el periodo. En contraste, el consumo de leche, que por su propia naturaleza tampoco podía alcanzar niveles de diversificación comparables a los de los derivados, entró en una fase de estancamiento (primero) y contracción (después) conforme el crecimiento en el consumo de los nuevos tipos de leche no era capaz de compensar la rápida caída que pasaba a producirse en el consumo de leche entera. Los mensajes publicitarios en que se basaba la promoción empresarial de las leches bajas en contenido graso (con gran énfasis en el mantenimiento de la línea) suponían implícitamente un deterioro de la imagen de la tradicional leche entera. Y, más allá de este efecto de sustitución, hay que tener en cuenta también que, durante estas décadas, la unanimidad de la comunidad científica en torno a los beneficios de la leche para la salud comenzó a resquebrajarse con la aparición de visiones más matizadas, cuando no iconoclastamente escépticas.²⁹ El nuevo régimen de consumo de lácteos fue así mucho menos expansivo que el anterior, al menos en términos de la ingesta física de alimentos.

Conclusión

Por toda Europa, las transiciones nutricionales que habían comenzado en el siglo XIX fueron completándose en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, conforme se consolidaba un régimen de consumo alimentario de masas. Este régimen generalizó a lo largo y ancho del espectro social cambios como el aumento de las ingestas de energía y nutrientes, el consumo creciente de productos de origen animal o el descenso en el consumo de aquellos productos que, como los cereales, las legumbres y las patatas, habían consti-

28. Moraleda (1992), Langreo (2004; 2006), Sanz (1992).

29. Véase por ejemplo Ràfols (1997).

tuido la espina dorsal de las monótonas dietas tradicionales. Tal fue el éxito de este régimen de consumo de masas que, en las últimas décadas del siglo XX, las sociedades europeas eran ya, desde el punto de vista alimentario, «sociedades de la saciedad». Su alimentación comenzó entonces a transitar hacia un patrón más diversificado, en el que una variedad cada vez mayor de productos (por lo general cada vez más elaborados) pugnaba por hacerse hueco en la cesta de la compra de un consumidor cuyas necesidades nutritivas elementales estaban ya cubiertas.³⁰

La evolución del consumo de productos lácteos en España entre comienzos de la década de 1950 y los primeros años del siglo XXI es una buena ilustración de estas tendencias, aun cuando las mismas se desarrollaran tardíamente con respecto a otros países europeos occidentales. Partiendo de niveles bajos, la rápida expansión del consumo de leche y otros productos lácteos entre 1950 y aproximadamente 1980 supuso el cierre de un largo capítulo de la transición nutricional. En torno a la década de 1980, sin embargo, aparecieron signos de estancamiento que terminarían desembocando, ya en los últimos años del siglo XX, en una rápida caída del consumo de leche. Mientras tanto, el consumo de derivados lácteos, apoyado sobre una gama cada vez más amplia de productos y variedades, continuaba creciendo de manera persistente. Frente a un régimen de consumo inicial muy expansivo y centrado en una reducida gama de productos fue emergiendo así un régimen menos expansivo pero más diversificado. Todo lo cual ya venía ocurriendo con anterioridad, desde los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, en la Europa noroccidental.

Es probable que otros grupos de alimentos encierren historias similares a la que aquí se ha descrito para los lácteos. Durante la primera parte del periodo, la expansión en España del consumo de carne, por ejemplo, también fue imponente, también supuso la difusión generalizada de un alimento clave dentro de una transición nutricional que ya había comenzado con anterioridad, y también requirió la conformación de una cadena agroindustrial capaz de producir a mayor escala que en el pasado.³¹ De igual modo, durante la segunda parte del periodo ha sido un rasgo general de la alimentación española el crecimiento en el consumo de alimentos cada vez más transformados y complejos en detrimento de alimentos tradicionales más sencillos, en ocasiones por el ahorro de tiempo que aquellos pueden suponer de cara a la preparación de las comidas (factor importante en un contexto de incorporación de

30. Malassis (1997) (de quien tomamos la expresión entrecomillada), Montanari (1993), Smil (2000), Díaz Méndez y Gómez Benito (2004), Contreras (1997). Los especialistas en historia del conjunto del consumo (no solo alimentario) también plantean el paso de un régimen de consumo masivo a otro más diversificado en las décadas finales del siglo XX (De Grazia, 2006; Alonso y Conde, 1994).

31. Clar (2006).

la mujer al mercado laboral), en ocasiones por la buena acogida que los productos novedosos encontraban entre los consumidores.³² El caso aquí considerado de los derivados refrigerados, en el que había tanto innovaciones de producto como postres tradicionales cuya elaboración casera se volvía cada vez más esporádica, ilustra ambas posibilidades.

Además de profundizar en las comparaciones (entre países y entre grupos de productos) aquí perfiladas, futuras investigaciones podrían caracterizar mejor las pautas de consumo de lácteos a través de un análisis de las diferencias existentes entre los consumidores en función de su nivel de renta, su clase social, su región u otras características demográficas y familiares como la edad o el grado de participación de la mujer en el mercado laboral.

BIBLIOGRAFÍA

- ABAD, C., GARCÍA DELGADO, J.L. y MUÑOZ, C. (1994), «La agricultura española en el último tercio del siglo XX: principales pautas evolutivas», en SUMPSI, J.M. (coord.), *Modernización y cambio estructural en la agricultura española*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, pp. 69-125.
- ALONSO, L.E., y CONDE, F. (1994), *Historia del consumo en España: una aproximación a sus orígenes y primer desarrollo*, Madrid, Debate.
- ANSOAP (2010), «Consumo de leche y hábitos de desayuno. 50 aniversario de Tetra Pak en España», <www.tetrapak.com>.
- ATKINS, P. (2010), *Liquid materialities: a history of milk, science and the law*, Farnham, Ashgate.
- BARCIELA, C. (1989), «El sector agrario desde 1936», en CARRERAS, A. (coord.), *Estadísticas históricas de España, siglos XIX-XX*, Madrid, Fundación Banco Exterior, pp. 131-167.
- BURTON, J. (1962), «Instalaciones de esterilización de leche a altas temperaturas», *Revista Española de Lechería*, 43, pp. 15-21.
- BUSS, D.H. (1993), «The British diet since the end of food rationing», en GEISSLER, C., y ODDY, D.J. (eds.), *Food, diet and economic change past and present*, Leicester, Leicester University Press, pp. 121-132.
- CALCEDO, V. (1997), «Crisis, evolución y cambio en la ganadería de vacuno de leche de la España húmeda (1950 al 2000)», en DOMÍNGUEZ, R. (ed.), *La vocación ganadera del norte de España: del modelo tradicional a los desafíos del mercado mundial*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, pp. 207-286.
- CARRERAS, A., PRADOS DE LA ESCOSURA, L., y ROSÉS, J.R. (2005), «Renta y riqueza», en CARRERAS, A., y TAFUNELL, X. (coords.), *Estadísticas históricas de España, siglos XIX-XX*, Bilbao, Fundación BBVA, pp. 1297-1377.

32. Abad y otros (1994), Díaz Méndez y Gómez Benito (2004).

- CLAR, E. (2006), «La soberanía del industrial. Industrias del complejo pienso-ganadero e implantación del modelo de consumo fordista en España: 1960-1975», *Revista de Historia Industrial*, 36, pp. 133-165.
- COLLANTES, F. (2012), «El consumo de productos lácteos en España, 1950-2010», documento de trabajo DT-SEHA 12-04.
- CONTRERAS, J. (1997), «Alimentación y sociedad. Sociología del consumo alimentario en España», en GÓMEZ BENITO, C., y GONZÁLEZ, J.J. (eds.), *Agricultura y sociedad en la España contemporánea*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas y Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, pp. 417-451.
- CUSSÓ, X. (2005), «El estado nutritivo de la población española 1900-1970. Análisis de las necesidades y disponibilidades de nutrientes», *Historia Agraria*, 36, pp. 329-358.
- (2010), «Transición nutricional y globalización de la dieta en España en los siglos XIX y XX. Un análisis comparado con el caso francés», en CHASTAGNARET, G., DAUMAS, J.C., ESCUDERO, A., y RAVEUX, O. (eds.), *Los niveles de vida en España y Francia (siglos XVIII-XX)*, Alicante, Universidad de Alicante, pp. 105-127.
- CUSSÓ, X., y GARRABOU, R. (2009), «Dieta mediterránea y transición nutricional moderna en España», en GERMÁN, L., HERNÁNDEZ, R., y MORENO, J.M. (coords.), *Economía alimentaria en España durante el siglo XX*, Madrid, Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino, pp. 25-63.
- DE GRAZIA, V. (2006), *El imperio irresistible: un minucioso análisis del triunfo de la sociedad de consumo estadounidense sobre la civilización europea*, Barcelona, Belacqua.
- DE WILDE, R. (1979), «El mercado de las leches de consumo», *Industrias Lácteas Españolas*, 9, pp. 19-24.
- DEVRIENDT, K.L. (1961), «Publicidad y fomento de ventas», *Revista Española de Lechería*, 39, pp. 29-34.
- DÍAZ MÉNDEZ, C., y GÓMEZ BENITO, C. (2004), «El consumo alimentario en España», en MOLINERO, F., MAJORAL, R., GARCÍA BARTOLOMÉ, J.M., y GARCÍA, G. (coords.), *Atlas de la España rural*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, pp. 408-415.
- (2010), «Nutrition and the Mediterranean diet. A historical and sociological analysis of the concept of a “healthy diet” in Spanish society», *Food Policy*, 35 (5), pp. 437-447.
- DÍAZ MÉNDEZ, C., y GONZÁLEZ, M. (2008), «Industria y alimentación: de la publicidad referencial a los alimentos funcionales», en DÍAZ MÉNDEZ, C., y GÓMEZ BENITO, C. (eds.), *Alimentación, consumo y salud*, Barcelona, La Caixa, pp. 105-129.
- DÍAZ MÉNDEZ, C., HERRERA, P., CALLEJO, J., y ALONSO, L.E. (2005), «Análisis crítico de las fuentes estadísticas de consumo alimentario en España. Una perspectiva sociológica», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 110, pp. 117-136.
- DOMÍNGUEZ, R. (2003), «La industria láctea en España, 1830-1985», en BARCIELA, C. y DI VITTORIO, A. (eds.), *Las industrias agroalimentarias en Italia y España durante los siglos XIX y XX*, Alicante, Universidad de Alicante, pp. 457-495.

- DOMÍNGUEZ, R., y DE LA PUENTE, L. (2009), «Ganadería e industrialización láctea. El complejo ganadero-industrial en Cantabria en el siglo XX», en GERMÁN, L., HERNÁNDEZ, R., y MORENO, J. (coords.), *Economía alimentaria en España durante el siglo XX*, Madrid, Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino, pp. 143-179.
- ECHEGARAY, M. (1958), «Opiniones sobre la leche», *Revista Española de Lechería*, 29, p. 141.
- FUNDACIÓN ESPAÑOLA DE LA NUTRICIÓN (2008), *Valoración de la dieta española de acuerdo al panel de consumo alimentario del Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación (MAPA)*, Madrid, Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino.
- GARCÍA TRABADELO, T. (1980), «Las importaciones de quesos», *Industrias Lácteas Españolas*, 21, pp. 9-12.
- HERNÁNDEZ ADELL, I. (2012), «La difusión de un nuevo alimento: producción y consumo de leche en España, 1865-1936», tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA (1965-1969), *Encuesta de presupuestos familiares (marzo 1964-1965)*, Madrid.
- (1975), *Encuesta de presupuestos familiares (julio 1973-junio 1974)*, Madrid.
- (1992-1995), *Encuesta de presupuestos familiares 1990-91*, Madrid.
- IRUJO, J.M., y LLONA, J. (1964), «Pago de la leche por su riqueza grasa y calidad bacteriológica», *Revista Española de Lechería*, 52, pp. 87-96.
- LAISNEY, C. (2012), «L'évolution de l'alimentation en France», documento de trabajo n.º 5 del Centre d'Études et de Prospective.
- LANGREO, A. (1995), *Historia de la industria láctea en España: una aplicación a Asturias*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- (2003), «Cambios de fondo en el sistema lácteo español», *Distribución y Consumo*, 67, pp. 93-102.
- (2004), «¿Qué está pasando en el sector lácteo? Reflexiones sobre los grandes procesos de cambio», *Distribución y Consumo*, 77, pp. 93-99.
- (2005), «El sistema alimentario español desde la perspectiva de los sectores productivos (I)», *Distribución y Consumo*, 81, pp. 5-57.
- (2006), «Entre los nuevos productos, la calidad estándar y los productos de calidad diferencial. El ejemplo del sector lácteo: leche de consumo, refrigerados y quesos», *Distribución y Consumo*, 85, pp. 24-29.
- LLONA, J. (1962), «La leche concentrada estéril», *Revista Española de Lechería*, 45, pp. 161-166.
- MALASSIS, L. (1997), *Les trois âges de l'alimentaire: essai sur une histoire sociale de l'alimentation et de l'agriculture*, París, Cujas.
- MARTÍN CERDEÑO, V. (2007), «1987-2007, dos décadas del Panel de Consumo Alimentario», *Distribución y Consumo*, 100, pp. 208-239.
- MATALLANA, S. (1963), «Algunos comentarios sobre la Asamblea Nacional Ganadera», *Revista Española de Lechería*, 49, pp. 133-137.

- MINISTERIO DE AGRICULTURA, PESCA Y ALIMENTACIÓN (2000), *La alimentación en España 1999*, Madrid.
- MONTANARI, M. (1993), *El hambre y la abundancia: historia y cultura de la alimentación en Europa*, Barcelona, Crítica.
- MORALEDA, F. (1992), «Las carencias estructurales del sector lácteo en España», *Distribución y Consumo*, 6, pp. 94-97.
- MUÑOZ PRADAS, F. (2009), «Población y consumo. Una reconstrucción de las poblaciones consumidoras de leche en España 1925-1981», documento de trabajo de la Unidad de Historia Económica de la Universitat Autònoma de Barcelona.
- NICOLAU, R. y PUJOL, J. (2005), «El consumo de proteínas animales en Barcelona entre las décadas de 1830 y 1930: evolución y factores condicionantes», *Investigaciones de Historia Económica*, 3, pp. 101-134.
- NICOLAU, R., PUJOL, J., y HERNÁNDEZ, I. (2010), «Milk, social acceptance of a new food in Europe: Catalonia, 19-20th centuries», *Dynamis*, 30, pp. 119-140.
- OVEJERO, S. (1951), «El problema zootécnico en la producción de leche», *Anuario General de Veterinaria y Zootecnia*, 2, pp. 953-963.
- PUJOL, J., NICOLAU, R., y HERNÁNDEZ, I. (2007), «El consumo de leche fresca en Cataluña: entre mediados del siglo XIX y 1935: la difusión de un nuevo alimento», *Historia Agraria*, 42, pp. 303-325.
- RÀFOLS, J. (1997), «El abastecimiento de leche a Barcelona: de las vaquerías urbanas a las grandes superficies comerciales», coloquio *El desarrollo urbano de Montréal y Barcelona en la época contemporánea: estudio comparativo*, Barcelona, Universitat de Barcelona.
- RAMA, R. (1997), «Evolución y características de la alimentación fuera del hogar y del consumo de alimentos procesados en España», *Agricultura y Sociedad*, 84, pp. 107-140.
- SANZ, M. (1992), «El circuito del queso», *Distribución y Consumo*, 6, pp. 98-101.
- SCHULZ, W.H. (1956), «La leche esterilizada, un problema internacional», *Revista Española de Lechería*, 22, pp. 211-222.
- SMIL, V. (2000), *Feeding the world: a challenge for the twenty-first century*, Cambridge, MIT Press.
- TETRA PAK (1981), «Investigación y desarrollo del envase», *Industrias Lácteas Españolas*, 33-34, pp. 15-18.
- VALENZE, D. (2011), *Milk: a local and global history*, New Haven, Yale University Press.



Trends in the consumption of dairy products in Spain, 1952-2007

ABSTRACT

This paper homogenizes and triangulates the information given by several different statistical sources in order to provide a description of the trends in the consumption of dairy products in Spain between the early 1950s and the early years of the twenty-first century. The results show two differentiated phases. The first of these, which lasted until the 1980s, was a phase of rapid growth in the consumption of both milk and its derivatives. The second was one of stagnation in aggregate consumption — stagnation that resulted from a fall in the consumption of milk and persistent growth in the consumption of derivatives. Another important feature of this second phase was that the variety of consumer goods greatly increased. In spite of some peculiarities, the direction of change was, in the Spanish case, broadly similar to that of other European countries.

KEYWORDS: food consumption, Spain, milk, dairy products, nutritional transition

JEL CODES: N34, N54, O13, R22



La evolución del consumo de productos lácteos en España, 1952-2007

RESUMEN

Este trabajo homogeniza y coteja las informaciones ofrecidas por las diversas fuentes estadísticas disponibles para ofrecer una descripción de las tendencias en el consumo de leche y derivados lácteos en España entre comienzos de la década de 1950 y los primeros años del siglo XXI. Los resultados muestran dos fases diferenciadas. La primera, hasta la década de 1980, fue una fase de crecimiento rápido en el consumo tanto de leche como de sus derivados. La segunda fue una fase de estancamiento en el consumo agregado, estancamiento resultante de la caída en el consumo de leche (por un lado) y el persistente crecimiento en el consumo de sus derivados (por el otro); otra característica importante de esta segunda fase fue el gran aumento en la variedad de los productos efectivamente consumidos por la población. Pese a la existencia de algunas peculiaridades en el caso español, la dirección del cambio resulta a grandes rasgos similar a la de otros países europeos.

PALABRAS CLAVE: alimentación, España, leche, productos lácteos, transición nutricional

CÓDIGOS JEL: N34, N54, O13, R22